

La primera madurez de la arquitectura contemporánea mexicana

ALBERTO GONZÁLEZ POZO

Hay varios aspectos que me gustaría señalar acerca del proyecto de la Ciudad Universitaria: su gestación gradual entre 1946 y 1951, su apertura a la participación de casi todo el gremio de arquitectos de entonces (así como de estudiantes de arquitectura) y sus aportaciones formales y funcionales. Todo ello condujo a que la arquitectura mexicana contemporánea alcanzara su primera madurez.

El plan maestro, como se sabe, fue tomando forma gradualmente: primero se hizo, a fines de 1946, un concurso interno en la Escuela Nacional de Arquitectura del que salió triunfante el proyecto del taller de composición que encabezaban Mario Pani y Enrique del Moral. El rasgo principal de ese proyecto era su disposición axial, simétrica, muy característica de la década de los cuarentas. La Escuela Normal de Maestros, proyectada por Pani e inaugurada ese mismo año, se había concebido conforme al mismo principio, de honda raíz académica. Era la influencia de la Escuela de Bellas Artes de París, donde Pani había hecho sus estudios, pero también coincidía con la tradición de la Academia de San Carlos, donde las disposiciones simétricas habían imperado desde su fundación en el siglo XVIII.

Luego, en marzo de 1947, la Escuela Nacional de Arquitectura (dirigida por Del Moral) triunfó en otro concurso, esta vez abierto, para el que se adoptó un esquema alternativo propuesto por los alumnos Enrique Molinar, Teodoro González de León y Armando Franco. El joven trío seguía más de cerca la influencia de Le Corbusier, quien ya para entonces resolvía grandes conjuntos con disposiciones asimétricas bien balanceadas. Además, proponían la combinación de torres con edificios bajos, otro rasgo lecorbusiano.

Estos proyectos preliminares partían de la misma premisa en torno a la utilización del terreno y sus características. El pedregal sólo cubría una parte de la superficie de doscientas hectáreas reservadas para la primera etapa. Se pretendía situar el campus, gran parte de la explanada del estadio y los campos deportivos en los espacios libres de lava. Esa zonificación se conservó hasta el final del proyecto.

En junio de 1947 las autoridades universitarias ratificaron a Enrique del Moral, Mario Pani y Mauricio M. Campos como responsables del proyecto de conjunto. Ellos iniciaron el plan maestro pero la falta de un buen levantamiento topográfico y el conflicto que hizo renunciar al rector Zubirán retrasaron el trabajo. Este último no se reanudó en firme sino hasta principios de 1949. En marzo de ese año falleció Campos, de modo que Pani y Del Moral quedaron solos al frente del proyecto de conjunto.

Me parece que ese lapso, entre 1947 y 1949, y los dos años que siguieron, sirvieron mucho para madurar bien el proyecto. Pani y Del Moral compartían por aquella época una oficina en los altos del cine Chapultepec. El primero tenía a la mano su taller de urbanismo, encabezado por el arquitecto José Luis Cuevas, un singular personaje de la arquitectura mexicana de la primera mitad de este siglo. Valdría la pena hacer, alguna vez, un análisis sobre la trayectoria de Cuevas. Aquí sólo evocamos sus casonas porfiristas, sus proyectos de las colonias Hipódromo Condesa y Lomas de Chapultepec, su cercanía a Hannes Meyer, cuando el ex-director del Bauhaus llegó al Instituto Politécnico Nacional en el tránsito de los treinta a los cuarentas, y su notable aportación en 1946 al proyecto de Pani para la Unidad Modelo, primer conjunto habitacional mixto (unifamiliar y multifamiliar) que hubo en México.

Menciono a Cuevas porque fue él, seguramente, quien introdujo una modificación notable al proyecto universitario: en lugar del esquema vial con base en calles rectas dispuestas ortogonalmente que aparece en los proyectos preliminares, planteó un sistema de circuitos circulatorios, siguiendo los postulados del austriaco Hermann Herrey. El sistema ya se había empleado en la Unidad Modelo y en otros proyectos del taller de urbanismo de Pani. Sin embargo, el proyecto de la Ciudad Universitaria ofrecía la escala adecuada para probar a fondo su efectividad. Más tarde, Pani y su taller siguieron empleando el sistema Herrey en muchos otros proyectos urbanísticos como la Ciudad Satélite o la Unidad Santa Fe del IMSS; no obstante, creo que es en la Ciudad Universitaria donde mejor funciona hasta la fecha:

evita los cruces francos y los semáforos, garantiza una velocidad de cruce bastante satisfactoria y se adapta bien a las sinuosidades del trayecto que impone la topografía accidentada. Fue y sigue siendo un magnífico sistema vial.

Entre el proyecto de clara filiación lecorbusiana de 1947 y el conjunto finalmente adoptado ocurrieron otras mutaciones que terminaron por darle a la Ciudad Universitaria una fisonomía *sui generis*. En primer lugar, se fue acentuando el carácter asimétrico no solamente del conjunto sino de cada uno de los edificios que lo forman. Esa unanimidad en las propuestas asimétricas de cada proyecto particular no ha sido suficientemente analizada.

Como es sabido, fueron Pani y Del Moral quienes, entre 1947 y 1950, asignaron los treinta proyectos particulares a más de setenta arquitectos. Emplearon un criterio bastante equitativo: el proyecto de cada facultad, escuela o instituto quedó a cargo de equipos de dos a cuatro integrantes. La mayoría de los equipos incorporaba cuando menos a un arquitecto joven e incluso a recién egresados que habían participado como estudiantes en los concursos de 1946 y 1947. Esta participación masiva de casi todo el gremio de arquitectos de aquel entonces es uno de los grandes méritos del proyecto de la Ciudad Universitaria. Desgraciadamente, una experiencia de tal magnitud no ha vuelto a repetirse. El hecho es que la individualidad de cada proyecto no impidió que se adoptase un lenguaje común, evidente no sólo en las planimetrías asimétricas sino también en muchas plantas bajas libres, al estilo lecorbusiano, donde las columnas permiten transitar debajo del edificio; o en la elección casi unánime de las franjas de concreto visibles en los entrepisos, o en el empleo de muros de *block* de barro prensado y vitrificado en la mayor parte de los muros.

Otro de los elementos que evolucionaron muy satisfactoriamente fue el campus, que en los esquemas iniciales aparecía como un gran espacio vacío rodeado por escasos edificios. A medida que fue progresando el proyecto, el campus comenzó a verse delimitado por más edificaciones, sobre todo a partir de 1950, cuando se decidió a última hora incluir en el extremo oriente del conjunto las escuelas de Medicina, Odontología y Veterinaria. Su presencia obligó a dividir el campus en dos partes, quedando la Facultad de Ciencias en una significativa posición central, sin diluir por ello el carácter asimétrico de la solución.

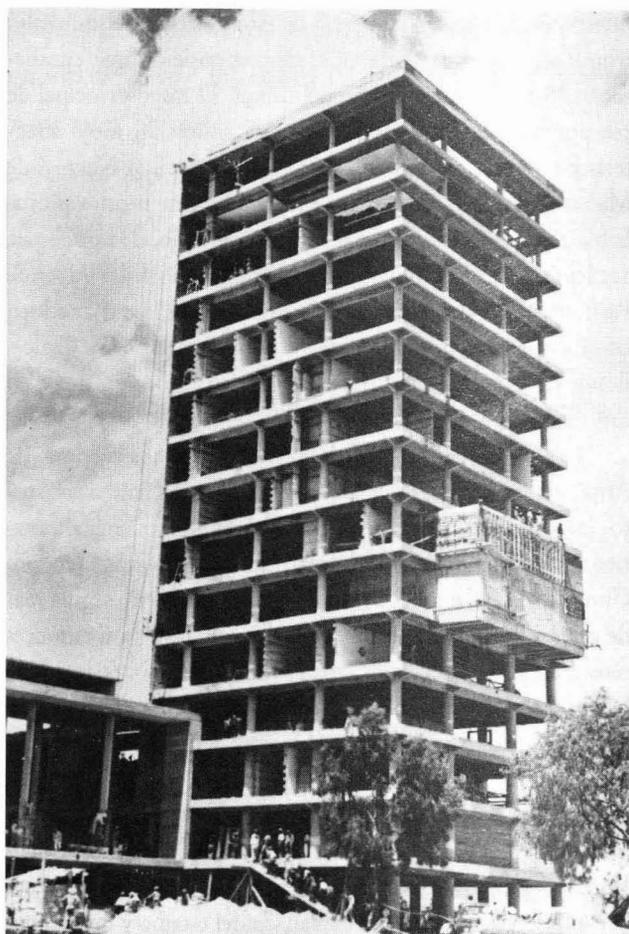
Entre las aportaciones benéficas al proyecto de conjunto debe mencionarse la de Luis Barragán en lo que ahora llamaríamos arquitectura de paisaje: ese difícil arte de disponer plazas, pavimentos, muros de contención, escalinatas, pasos a desnivel, pasos a cubierto, espejos de agua y áreas jardinadas combinándolos con los fragmentos del pedregal y la vegetación que allí crece. Los nombres de Barragán y del arquitecto Alfonso Cuevas Alemán se mencionan en los créditos del proyecto pues estos personajes fueron los encargados de "Forestación y jardinería"; pero si fueron jardineros, lo fueron a la manera del gran Le Nôtre, el autor de los jardines, las fuentes y las explanadas de Versalles. La experiencia de Barragán en los Jardines del Pedregal

de San Ángel era demasiado reciente como para desperdiciarla, así que se aplicó en las partes más conspicuas del campus, como la explanada de Rectoría, las escalinatas que conducen a ella y los espejos de agua que tuvo alguna vez.

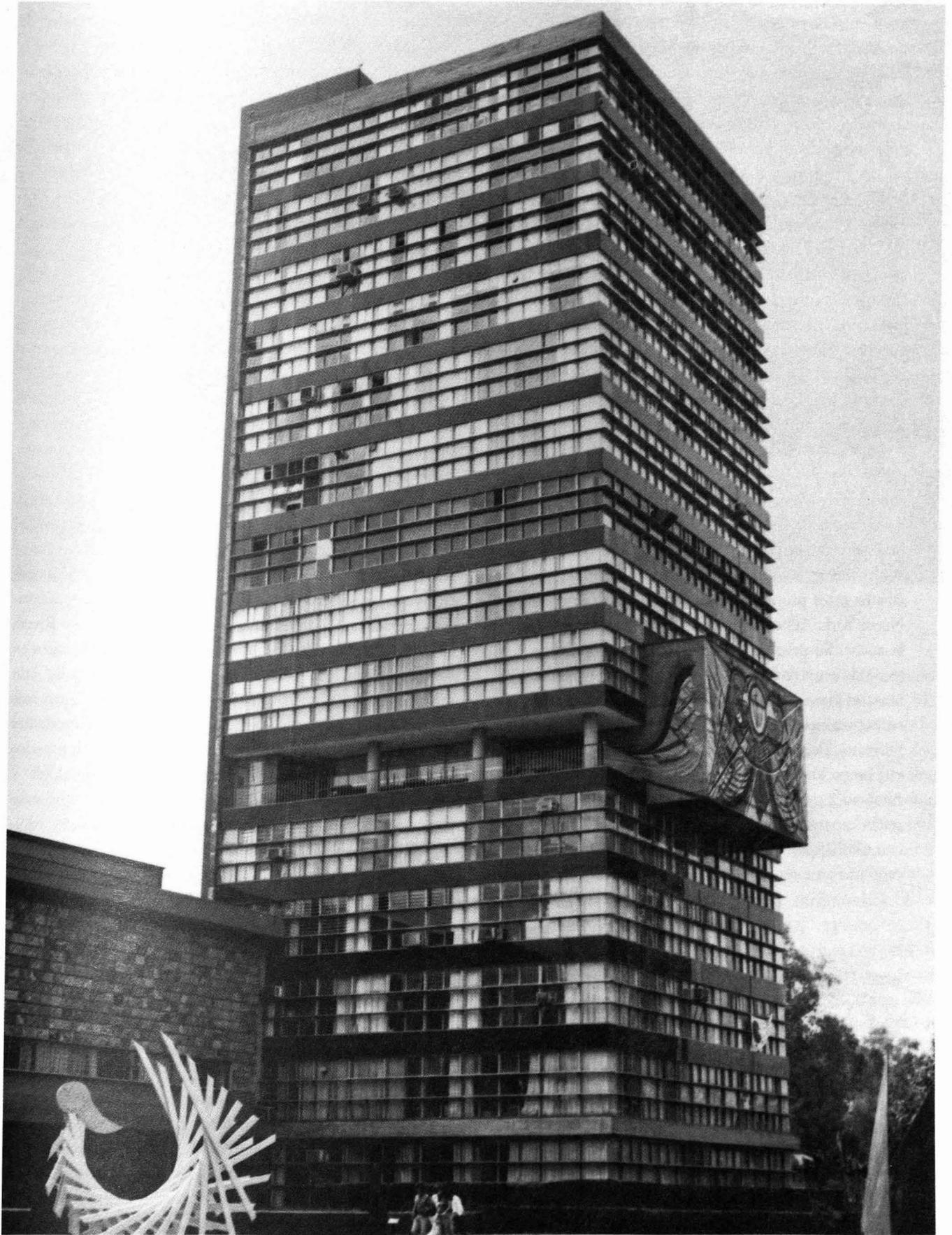
La presencia de torres en el conjunto también requiere un comentario, en este caso crítico. Con excepción de la de Rectoría, las demás no justifican del todo su existencia desde un punto de vista estrictamente funcional. Por ejemplo, la torre de Ciencias y la de Humanidades reciben las insolaciones del oriente y el poniente, bastante incómodas por la excesiva ganancia de calor que se produce en los cubículos de los investigadores. Creo que los autores de esos proyectos particulares y los del proyecto de conjunto antepusieron el evidente valor simbólico e icónico de la torre y su eficacia plástica a la estricta solución de los requerimientos arquitectónicos. El caso es que todas se levantaron enhiestas, soportadas por columnas en planta baja de acuerdo con los postulados de Le Corbusier.

Ciertamente, la influencia del maestro suizo fue grande pero no tanto como él mismo hubiera deseado. Reconstruyo a continuación, en forma resumida, lo que me contó hace unos quince años Enrique del Moral a ese respecto:

Cuando se tomó la decisión de construir la Ciudad Universitaria, y ya se contaba con esquemas preliminares de proyecto,



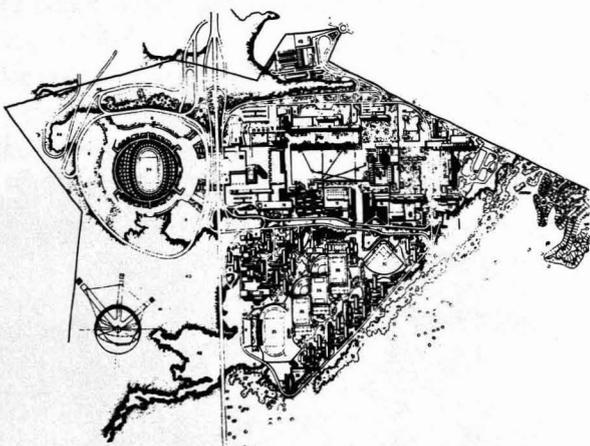
Torre de la Rectoría



las autoridades universitarias me enviaron en 1947 a recorrer varios países para conocer los ejemplos más relevantes de arquitectura de ese género. Varios de ellos estaban en Estados Unidos, así que mi recorrido me llevó hasta Nueva York, donde proseguiría mi viaje hacia Europa. Yo sabía que en esa ciudad residía temporalmente Le Corbusier, encabezando a un equipo internacional de arquitectos a quienes la ONU les había encargado los primeros bocetos para el proyecto de su sede en Manhattan. Conocía a uno de los integrantes del equipo, el brasileño Óscar Niemeyer, así que le pedí que me consiguiera una cita para visitar al famoso maestro suizo.

Niemeyer apenas pudo lograr que lo saludara brevemente en el taller en el que se efectuaba ese trabajo. Le Corbusier ya iba de salida, así que las presentaciones se hicieron en el pasillo que conducía al elevador. Le dije quien era, el motivo de mi viaje, le expresé mi admiración por su obra y mi deseo de conocer sus proyectos. Asintió con prisa, le pidió a Niemeyer que me mostrase los proyectos que se estaban haciendo, se despidió apresuradamente y se metió al elevador. Pero de pronto se regresó y me preguntó: "¿qué es exactamente esa universidad que piensan construir en México?, ¿por qué no mejor me lo cuenta en detalle? pero no aquí sino en un estudio particular que he montado aquí cerca. Lo espero esta misma tarde".

Acudí al estudio donde Le Corbusier pintaba y trabajaba en otros proyectos particulares durante su estadía en Nueva York. Allí estuvimos charlando hasta altas horas de la noche. Su prisa de la mañana había desaparecido y se tomó el tiempo necesario hasta conocer todo lo referente a nuestros planes para la Ciudad Universitaria. No ocultó su excitación cuando le comenté la magnitud que tendría el proyecto. De pronto me dijo: "pero ¿se da cuenta de que este proyecto requiere la intervención de arquitectos acostumbrados a manejar la arquitectura en grandes escalas? ¿están capacitados los arquitectos mexicanos para trabajar con ellas? ¿cree usted que le interesaría al gobierno mexicano una asesoría de mi parte a ese respecto?".



Plano de la Ciudad Universitaria, junio de 1951. Tomado del libro *La construcción de la Ciudad Universitaria del Pedregal*.

Yo le contesté que, efectivamente, estábamos conscientes de la magnitud desusada que tenía el proyecto; que si bien teníamos en México notables ejemplos de arquitectura prehispánica y virreinal en los que se había resuelto adecuadamente la articulación de grandes conjuntos, no había precedentes en la arquitectura contemporánea que acreditaran nuestra capacidad para manejar macroproyectos pero que seguramente la adquiriríamos una vez que abordásemos y resolviésemos el problema; y que turnaría con gusto su oferta al gobierno y a la Universidad, cosa que hice a mi regreso. Nadie se interesó aquí en la "asesoría" lecorbusiana.

Del Moral terminaba ahí el relato. La sonrisa de satisfacción no le cabía en el rostro, y es que, ciertamente, bajo su dirección y la de Pani, los arquitectos mexicanos habían redescubierto el modo de concebir grandes conjuntos urbano-arquitectónicos.

Muchos piensan, con razón, que la Ciudad Universitaria es una especie de parteaguas en el desarrollo de la arquitectura mexicana contemporánea. Antes de esta obra, la arquitectura moderna se empeñaba afanosamente en justificar su existencia frente al academismo y el estilo neocolonial. Después ya no tuvo que hacerlo: tanto el sector oficial como la iniciativa privada admitieron sin reservas casi todo lo que se les ocurrió a los arquitectos contemporáneos. También fue una de las pocas ocasiones en las que se vieron reunidas diversas propuestas de artes plásticas integradas a la arquitectura: el macrorrelieve de Diego Rivera en el Estadio Olímpico; los murales escultóricos de Siqueiros en Rectoría; el famoso prisma de la Biblioteca, revestido con mosaico de piedra, de Juan O'Gorman, sin duda el aspecto más fotografiado de toda la Ciudad Universitaria; los excelentes murales de Chávez Morado en Ciencias, ejecutados en mosaico veneciano; y las propuestas de Eppens en Odontología y Medicina, empleando el mismo medio. Es una lástima que algunas de esas obras (por ejemplo, la de Siqueiros en Ciencias Químicas) hayan quedado inconclusas. Otras ni siquiera se iniciaron, como el magnífico mural que había preparado Carlos Mérida para la fachada del auditorio de Filosofía y Letras.

Al reflexionar sobre lo anterior, refuerzo mi convicción de que la Ciudad Universitaria es uno de los mejores conjuntos de la arquitectura mexicana de todos los tiempos. Si la apreciación de muchos como yo no es errónea, el Instituto Nacional de Bellas Artes debería declararla Zona de Monumentos Artísticos de acuerdo con la Ley Federal de Monumentos y Zonas Arqueológicas, Históricas y Artísticas para garantizar mejor su protección y ponerla a salvo de desfiguros. Más aún, el gobierno mexicano debería iniciar el proceso respectivo ante la UNESCO para registrarla entre los bienes mexicanos inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural. Quien piense que esa Lista sólo incluye monumentos o conjuntos de gran antigüedad se equivoca: Brasilia, que se concluyó una década después de la Ciudad Universitaria, ya está inscrita desde hace varios años. ●